

EL CRIMEN
DE LOS ALISOS.

HISTORIA DE LÁGRIMAS

ESCRITA EN VERSO

POR

JOSÉ MARIA GUTIÉRREZ DE ALBA.

Segunda Edición.

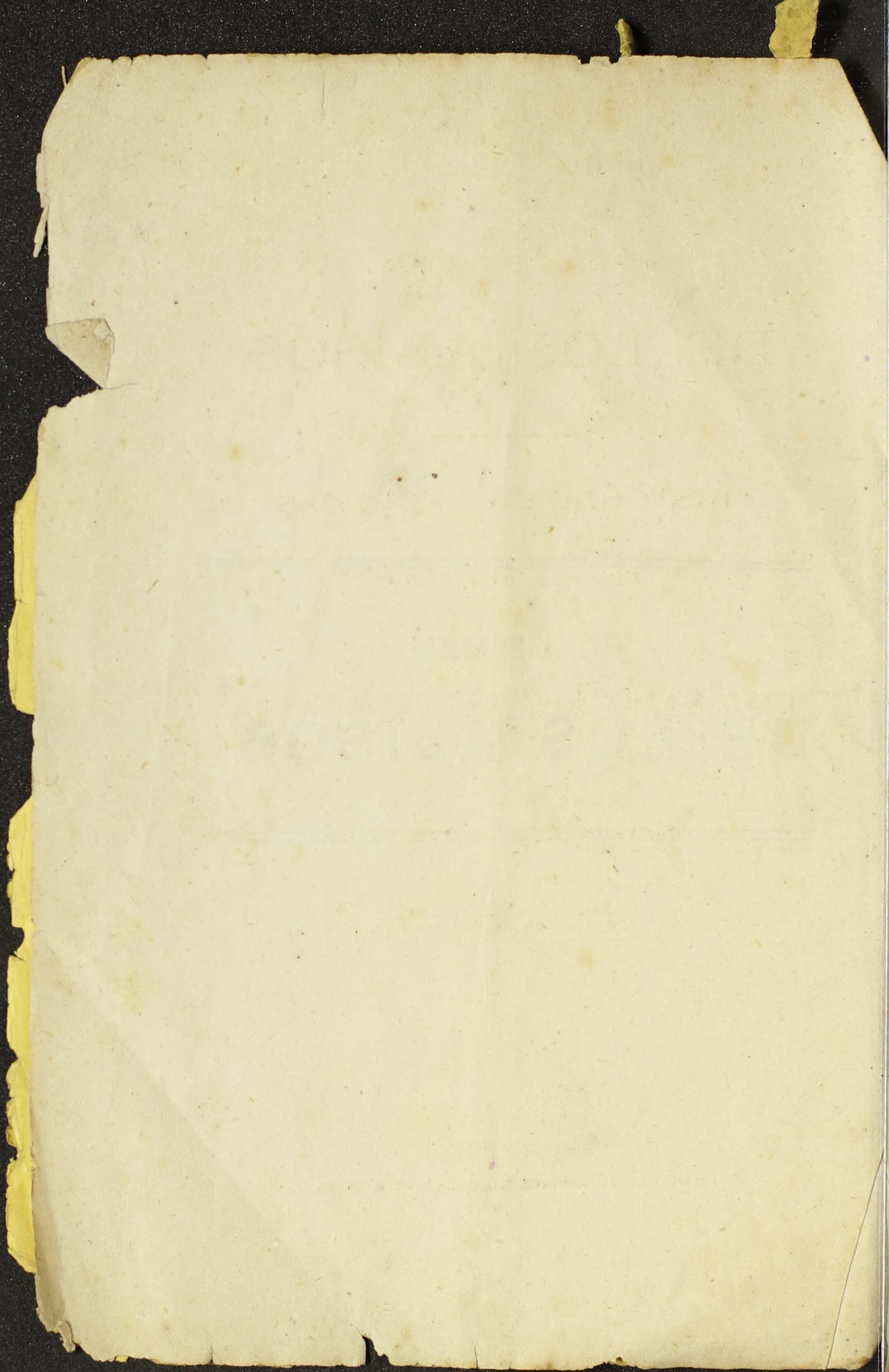
BOGOTÁ.

1879.

Imprenta de Zalamea, por M. Díaz.



EL CRIMEN
DE LOS ALISOS.



EL CRIMEN
DE LOS ALISOS.

HISTORIA DE LÁGRIMAS

ESCRITA EN VERSO

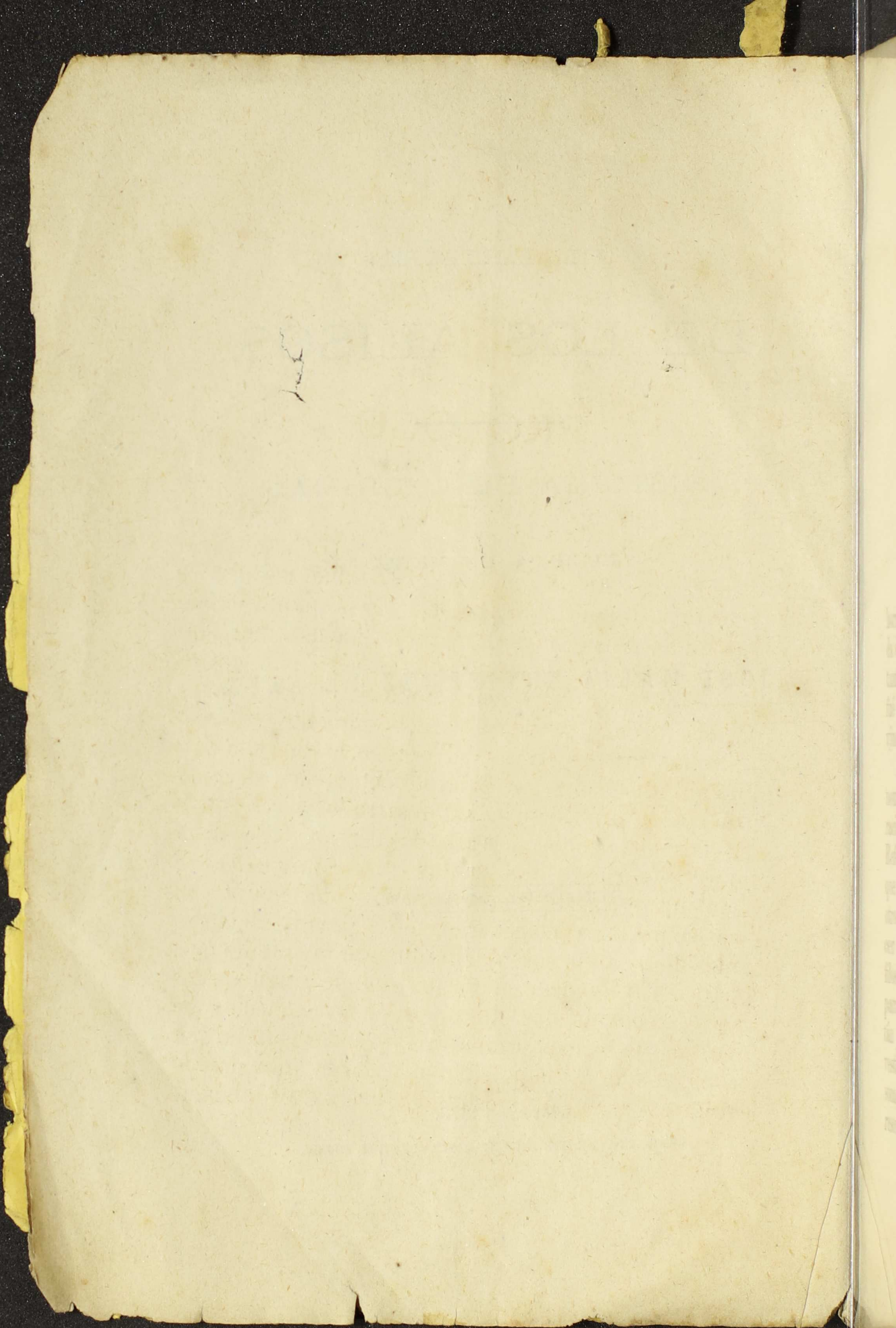
POR

JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE ALBA.

SEGUNDA EDICION.

BOGOTÁ.—1879.

IMPRESA DE ENRIQUE ZALAMEA, POR M. DIAZ.



PRÓLOGO.

El día 20 de Junio de 1879 fué un día de horror y de luto para Bogotá. En la quinta llamada de los Alisos, como una milla, hacia el Sur, distante de la población, en las altas horas de la noche, fué asesinada la señora Sofía S. de Sarmiento, viuda joven, rica, virtuosa y generalmente estimada.

Las circunstancias del crimen le dan una fisonomía especial, y revelan perfectamente su generación, su procedencia, su desarrollo y su término. Referir los hechos descarnados, sin más propósito que referirlos, sería sublevar el sentimiento, sin otro fruto que el de producir un dolor estéril; hacer sobre ellos consideraciones morales, sociales y filosóficas, sería fatigar inutilmente la inteligencia, para no convencer sino á los que de antemano están ya convencidos. Pero, presentar la acción revestida de formas dramáticas, y encarnada en personajes que hablan, sienten y obran movidos por resortes reales ó verosímiles; buscar el aliciente

de la forma, para que el sentimiento y la razon contribuyan á formar el juicio, sin apartar la vista del cuadro con repugnancia, es preparar el camino á la conciencia, para que aproveche la leccion práctica, y vea en ella la consecuencia lógica del extravío de la razon y de la inteligencia y la perversion del instinto, que, prescindiendo de todos los deberes y encaminando todos los deseos hacia los goces materiales, dan por resultado la monstruosidad del crimen.

La mision del artista y del poeta es dar á sus obras aspecto simpático, espíritu recto y trascendental enseñanza. Si en este folleto, escrito en pocas horas, hemos cumplido con nuestra mision, inspirando amor á la virtud, horror al vicio y compasion hacia el delincuente; si en la voz de alerta que damos á la sociedad, logramos que vea en este hecho un síntoma del abismo de corrupcion á donde va á precipitarse, ella nos agradecerá este pequeño esfuerzo; si no hemos acertado, reconocerá, al ménos, nuestra buena intencion, y disculpará las faltas que involuntariamente hubiéremos cometido.

Bogotá, 29 de Junio de 1879.

EL AUTOR.

EL CRIMEN DE LOS ALISOS.

CUADRO I.

AL BORDE DEL SEPULCRO.

PARIS, 1877,

UN ANCIANO.

¡Solo en el mundo! Lejos de mi patria!
Sin hogar, sin amigos, sin familia;
Sin una voz que mi dolor consuele,
Como endulza el pesar la voz amiga;
Sin ojos que, fijándose en mis ojos,
Me revelen su tierna simpatía;
Sin una mano que mi mano estreche;
Sin el olmo, que tanto necesita
La humana vid, para apoyar sus ramas
En el último trance de la vida!

¿De qué pueden servirme las riquezas,
Que dan la privacion ó la codicia;
Que hacen al hombre miserable esclavo
De la materia vil? . . . Pero . . . ¡mentira!
El oro es la virtud, es la belleza,
Es la bondad: sin él nada se estima.
El poder le concede sus favores;
La hermosura le ofrece sus caricias;
La sociedad le otorga su respeto;
Ante él la fuerza pierde su enerjía;
Las puertas se abren, ceden los obstáculos. . .
¡Llámanle vil, y ante él todo se inclina!
¿Todo? . . . ¡Nó! En vano el corazon del hombre
En las riquezas buscará la dicha.
Los favores que el oro proporciona
Fantasmas son que pronto se disipan,
Y que en humo y en polvo se convierten,
Cuando á la luz de la verdad se miran.
El sentimiento noble y elevado,
Que llega al corazon, y que sus fibras
Una por una plácido conmueve,
Dándonos paz y aliento y alegría,
Jamás tuvo su fuente en las riquezas,
Que efímero placer solo nos brindan.
El pobre jornalero, que cansado
Llega á su hogar, al acabarse el dia,
Y encuentra en él la humilde y tierna esposa,
Que le aguarda con plácida sonrisa,
Y el hijo tierno, que á su voz acude,
A dár y á recibir santas caricias,
Es cien veces, mil veces más dichoso
Que el célibe opulento, que se ajita

Entre un mundo engañoso de afecciones,
Que cuanto cuestan más, son más finjidas

Tarde ¡ay de mí! la voz de mi conciencia
Dentro del alma se levanta y grita:
¡Una esposa!... un hogar...! Tal vez ya es tarde!
¡Quién sabe! Si el dolor y la desdicha
Tienen á veces miserable orijen,
Y nos dán á beber caliz de acibar,
Tambien hay en la tierra ángeles santos,
Que nuestro bien supremo determinan.

Y rápida cruzando por su mente
La bella y dulce imagen de Sofía,
El anciano exclamó: ¡Ya tengo esposa!
Ella será en mi hogar la luz divina!



CUADRO II.

BOGOTA, 1877.

UNA JOVEN.

Con su nombre y su hogar un noble anciano
A endulzar sus dolores me convida.
Pobre nací. La culpa de los padres
Ciega y crüel la sociedad castiga
En el hijo inocente. A él solo debo
Lo que olvidó mi padre. El alma mia
Salió del polvo vil de la ignorancia
Impulsada por su alma compasiva.
Su mano me arrancó de la miseria:
Educacion cristiana y noble y digna
Mi espíritu le debe; él fué mi amparo,
El fué mi santa y protectora guía.
¡Qué mucho que la huérfana se muestre
Por su afan jeneroso agradecida!
Yo alegraré su hogar: sus nobles canas
De mi afecto solícito reciban
La honra y la dulce paz que ellas me dieron.

Con el nombre de esposa, tierna hija
Seré, que aparte de su noble pecho
El dardo del dolor; siempre solícita,
Servidora leal, fiel compañera,
Será su bien el norte de mi vida;
Y cuando Dios su espíritu reclame,
Si él me adelanta en la tremenda vía,
Yo con mi mano cerraré sus ojos;
Por su alma elevaré todos los días
Mi plegaria ferviente, y su memoria
Por mis labios será siempre bendita.



CUADRO III.

EL MAR.

Sobre las movibles ondas
Del turbulento oceano
El vapor y el viento empujan
La quilla de un frágil barco.
Su estrecho recinto encierra,
Como en un mundo abreviado,
Lisonjeras ilusiones,
Tiernos y dulces halagos,
De la voluntad nacidos,
Por la esperanza arrullados.
Allí van ciegos temores,
Allí vá el dolor amargo,
La duda que el pecho oprime,
El dolor disimulado
Bajo la amarga sonrisa
Que asoma al trémulo labio ;
Allí cuantos sentimientos
Prueba el corazon humano.
Cada cual lleva en sí mismo
Su universo concentrado ;

Y cuanto en redor se mueve
Miran todos como extraño.
No obstante la indiferencia,
Que es el más saliente rasgo
De aquel abreviado mundo,
Donde están representados
Los tipos de las naciones,
Las razas en que los sabios
De Adan la extensa progenie
Han dividido, explicando
Secretos, que Dios conserva
En recónditos arcanos,
Todos los ojos se fijan
En los modestos encantos
De una joven pudorosa,
Que lleva en la faz pintados
El candor y la inocencia,
La abnegacion y el recato.
Es una tímida virgen,
Que desde suelo apartado
Prometió su fé de esposa
Y está ya unida á un anciano.
Con invencible impaciencia,
Él, lejos, la está aguardando,
Para emprender un viaje
Tan incierto como largo ;
Pero no quiere emprenderlo,
Sin estrechar en sus brazos
Al angel que, en la partida,
Será el fiel depositario
Del suspiro doloroso
Que al fin todos exhalamos.

CUADRO IV.

LA MODERNA BABILONIA.

Del arribo de aquel buque
Al primer puerto de Francia
Se trasmite la noticia,
Envolviendo la palabra
En un rayo, que, obediente
A la inteligencia humana,
Revela su noble origen
Y de Dios la semejanza.
Lleno de ansiedad el pecho,
El esposo se adelanta
A recibir á la joven,
Cuyas juveniles gracias
Con lo grave del esposo
Tan rudamente contrastan,
Como la flor en capullo
Y el tronco seco y sin ramas.
La moderna Babilonia,
Donde el esposo la aguarda,
Sus mil encantos ofrece
A aquella joven incauta,
Para escitar sus deseos,

Para embriagar su alma.
—“Goza ! el anciano le dice :
Riquezas tengo sobradas
Para hacer que tu belleza
Su brillante luz esparza !”
Pero la modesta niña
Los ojos al suelo baja,
Y dice al anciano esposo :
“ Volvamos á nuestra Patria :
Allí hay muchos desgraciados
Que nuestro auxilio reclaman ;
Y brilla más la aureola,
De la caridad cristiana,
Que los mentidos fulgores
Con que el mundo nos engaña.”

El anciano conmovido
Contra su pecho la abraza,
Y la partida dispone,
Porque ella así lo reclama.
Pero el hombre, pobre arista
Por cualquier viento arrastrada,
Forma planes lisonjeros,
Que le seducen y halagan,
Para un año y otro año,
Sin pensar en que mañana,
Una hora más, un minuto
A veces tan solo bastan
Para derrumbar la torre
De las locas esperanzas,
Que en tan frágiles cimientos
Nuestra vanidad levanta.

CUADRO V.

HUMANAS MISERIAS.

El día prefijado
Para el feliz y próspero regreso
Hacia los patrios lares,
La pobre niña desolada y triste,
De angustia llena y de dolor transida,
Y el corazón de pena acongojado,
Exclamaba llorosa: ¡ Ya no existe
De mi esposo infeliz, ¡miserable suerte!
Sino el frágil despojo, la ruina,
Que deja en pos de sí la airada muerte,
Cuando separa la materia inerte
Del alma, que hacia Dios libre camina!



CUADRO VI.

EL REGRESO.

Con los fúnebres despojos
De un anciano venerable
Una joven enlutada
A surcar vuelve los mares.
Con religioso respeto
Miran todos aquel angel
De piedad, que sus deberes
Cumple hasta el postrer instante.
Al ver á una bella joven
Dando custodia á un cadaver,
No hay quien su valor no admire,
No hay quien su piedad no ensalce.
Al fin llegan á Colombia,
Sin que los restos mortales
La pobre niña abandone
Siquiera por un instante.
Bogotá que, reclinada
Sobre un cerro de los Andes,
Oye apenas el murmullo
De los hechos más notables,
Que la humanidad conmueven

En apartados lugares,
Acudió con tierno afecto
A rendir sus homenajes
A aquella piadosa niña,
Que tornaba á sus hogares
Con los míseros despojos
De un anciano respetable.
Hecho el depósito triste
En el lugar donde yacen
Los restos de los que fueron,
Entre los pequeños, grandes,
Y de los que allí reposan
Sin que los recuerde nadie ;
Restos que aun hoy se distinguen,
Porque tan solo un instante
Los separa de los tiempos
En que el destino implacable
Los confundirá en el polvo
De las futuras edades ;
Ella, triste y resignada,
Determinó retirarse
A emplear su vida entera
Y la riqueza envidiable
Adquirida de su esposo,
En ser en la tierra imagen
De la caridad sublime ;
En ser fuente inagotable
De consuelo en las congojas,
Y de alivio en los pesares
Para el pobre desvalido,
Para el enfermo incurable,
Para el huérfano que llora,

Para la aflijida madre,
Que vé á sus hijos desnudos,
Muertos de frio y de hambre.
No hay pena que no consuele,
Ni lamentos que no acalle,
Ni amargura que no endulce,
Ni herida que no restañe.
Si un pobre llega á sus puertas,
De allí remediado sale.
Todos su nombre bendicen,
Todos su recato aplauden,
Todos su virtud celebran,
Porque, aunque quiere ocultarse,
La gratitud de los pobres
Publica el bien que les hace.



CUADRO VII.

LA ORGIA.

BOGOTA, 1879,

En un lupanar inmundo
Varios jóvenes están,
Burlándose con afán
De Dios, de ellos, y del mundo.

“No hay más Dios que los placeres,
Gritan en infame coro :
Sus ministros son el oro,
El licor y las mujeres.

La virtud es sombra vana
Y la piedad un delirio,
La pobreza es un martirio,
Y una ilusión el mañana.

Entre la vida y la muerte
La humanidad corre ciega,
Y cuando la muerte llega
Todo en nada se convierte.

La sangre que hinche la arteria,
El jüicio, la razon,
Todo ello es combinacion
De la fuerza y la materia.

El alma es una mentira,
La religion un sarcasmo,
La conciencia es un marasmo
De la mente que delira.

Y ese Dios Omnipotente,
Que con sus prodigios pasma,
No es sino un vago fantasma
Para asustar á la gente.

Bebamos, pues, sin recelo ;
Gocemos en paz y en calma ;
Pues que ni el cuerpo ni el alma
Tendrán infierno ni cielo."

MUJER 1ª

Ya que las joyas y galas
Dan á la mujer decoro,
Buscad bien donde halleis oro,
Y hácia allá tended las alas.

JÓVEN 1.º (*pensativo*),

Yo tengo, para triunfar,
En perspectiva una herencia ;
Pero ; quién tiene paciencia
Para esperar y esperar !

MUJER 1ª

La paciencia si á lo ménos !
Pudiera tomarse á sorbos

JOVEN 1º

Para remover estorbos

MUJER 1ª

Hay puñales y hay venenos.

JOVEN 2º

Un crimen !

MUJER 2ª

Si los que gimen
Pobres y desesperados,
Se contentan resignados,
Por no cometer un crimen

JOVEN 3º

Donde no existe castigo
Que entrabe la libertad,
Es una barbaridad
Resignarse á ser mendigo.

JOVEN 1º

Si encontrara una ocasion

MUJER 1ª

Eso pronto se concilia.

JOVEN 1º

Mas . . . la honra de mi familia
El respeto á la sancion

MUJER 1ª

La sancion es ilusoria:
De ella solo existe el nombre.
¿Qué teme el hombre, que es hombre,
Donde no hay pena ni gloria?
En la experiencia me fundo:
Solo al que es pobre se humilla.
Doquiera que el oro brilla,
Todo lo sanciona el mundo.

JOVEN 1º

Tienes razon: pues no hay pena,
Ni existe sancion social,
Lo mismo es el bien que el mal.

JOVEN 2º

Toda accion útil es buena.

JOVEN 3º

Si la impunidad te escuda,
Y de la pena te eximen
Las leyes, ¿qué importa un crimen?

JOVEN 1º

Pero he menester ayuda.

VARIOS JÓVENES.

Con tal de que dispongamos
De una parte del botin,
Cualquiera que sea tu fin,
Habla: á tu servicio estamos.

MUJER 1ª

Los cielos serán testigos
De ese *hidalgo* proceder :
Eso se llama tener
Buenos y fieles amigos.

JOVEN 1º

No sé por qué á mi conciencia
Asalta un vago temor.
Es una mujer

VARIOS.

Mejor :
Habrá menos resistencia.

JOVEN 1º

El veneno en caso tal
Mas . . . no es seguro, aunque es bueno.

JOVEN 2º

Pues bien ; atrás el veneno.
Más seguro es el puñal.

MUJER 1ª

Para salir de un apuro,
El hombre no ha de temer.

MUJER 2ª

Siempre se debe escojer
El camino más seguro.

JOVEN 2º

Del mundo entero el reproche
Fácilmente evitaremos,
Si nuestra accion envolvemos
En las sombras de la noche.

JOVEN 1º

Los gritos de mi ambicion
Ya resistirlos no puedo !

MUJER 1ª

Parece que tienes miedo.

JOVEN 1º

¡ Seré asesino y ladron !

MUJER 1ª

Pero serás venturoso
Mi amor será más ardiente.

JOVEN 1º (*con resolucion*).

¡ Corra la sangre inocente !
¡ Sea yo rico y dichoso !



CUADRO VIII.

PREPARATIVOS DEL CRIMEN.

Y pasa luego un día y otro día,
Y armas y escalas y puñal previenen
Los desalmados que incentivo tienen
En la embriaguez de la incesante orgía.

La víctima infeliz se considera
Inmune en la virtud, que es su camino ;
Benévola sonríe al asesino,
Que en ella fija su mirada artera.

Tranquila su conciencia, no le advierte
El crimen espantoso que le amaga :
Generosa es con él, y el vil le paga
Afilando el puñal para su muerte.

Una noche crüel, noche terrible,
Cuyo recuerdo el corazón espanta,
La turba de asesinos bebe y canta,
Y blasfema de Dios con voz horrible.

El licor espumante, y el cinismo
Con que la voz de impúdicas mujeres

Les brinda sus satánicos placeres
Cuando ya están al borde del abismo;
Y la ambicion que ciega los devora,
Y la envidia sin término y sin valla,
Todo los gritos del deber acalla:
Fuera el temor! al crimen! ya es la hora!
¡Adelante! les grita el desalmado
Gefe de aquella chusma envilecida:
Guardadme bien la entrada y la salida;
Mi puñal dará pronto el resultado.
Y, oculto el rostro, el paso diligente,
Con la escala en el hombro, el pié seguro,
La turba se detiene junto al muro,
Que resguarda la víctima inocente.



CUADRO IX.

LA SANTA MÁRTIR.

En una quinta, que el nombre
De esta triste historia lleva,
En el reloj de la sala,
Posado sobre una mesa,
Con acompasado golpe
Doce campanadas suenan.
Del timbre al ruido sonoro,
Una jóven rica y bella,
De las virtudes dechado,
Del dolor la providencia,
Apenas se oyen los golpes,
Cuidadosa se despierta.
Cerca de allí, en otra estancia,
Tiene una hermanita enferma,
Y hay que darle á aquellas horas
La medicina que espera.
La caritativa dama,
Para todos santa y buena,
No confía en las sirvientes

Para aquella accion benéfica,
Y ella misma se levanta,
Y medio vestida apenas,
A la cama se dirige
Donde su hermana se encuentra.
—Hermana, hermanita mia,
Le dice con voz muy tierna:
Acaban de dar las doce,
Y ahora, que tomes es fuerza
La medicina que traigo
Para aliviar tu dolencia.
—¿Por qué abandonas el lecho,
La hermana dice con pena.
Este frio de la noche
Puede hacerte mal.—No temas
Por mi salud; Dios la guarda,
Y la noche está serena.
—¿Abriste el balcon?— Un poco.
Brillan mucho las estrellas.
Alguien sin duda pasaba,
Pues sentí ruido en la cerca;
Pero cuando no han ladrado
Nuestros fieles centinelas,
Serán gentes de la casa:
Con ellos nada me inquieta.
Cumplido aquel deber santo,
La noble dama se apresta
A salir del aposento,
Donde su hermana se queda.
En aquel instante mismo
Se abre del balcon la puerta;
Cuatro hombres enmascarados

En la estancia se presentan,
É intiman á la señora
Con voz insegura y trémula,
Que entregue en aquel instante
El dinero que posea.
La dama á los asesinos
Responde con entereza:
Que son dueños de apropiarse
Cuanto en la casa se encuentra ;
Mas les pide que respeten,
Por amor de Dios siquiera,
Solo su vida y su honra,
Y daño no les infieran,
Pues son dos pobres mujeres
Desvalidas é indefensas.
Los bandidos miserables
Tranquilizarlas intentan.
La dama casi desnuda
Ante aquellos hombres tiembla,
Y el rostro y el pecho esconde
De temor y de vergüenza.
—¡ El oro ! uno de ellos grita.
—Venid la dama contesta,
Venid. Y en la estancia próxima
Con sus verdugos penetra,
Y, mostrandoles los cofres,
Todas las llaves entrega.
—Abrid vos, le dice el jefe
De aquella infame caterva.
Y al momento en que la dama,
Fija la rodilla en tierra,
Abre con trémula mano,

Y el oro en el fondo muestra,
Cuando el cobarde asesino,
Que solo sangre desea,
Alza el brazo, y por la espalda
Tal puñalada le asesta,
Que la ensangrentada punta
Hasta el pecho le atraviesa.
Al rudo y bárbaro golpe,
La infeliz cae por tierra,
Sin que de dolor un grito
Exhalar su labio pueda;
Pero el asesino infame,
Ni aun así vé satisfecha
La sed de sangre inocente;
Y de nuevo alza la diestra,
Y sobre el frío cadáver
Descarga con furia horrenda
Otras once puñaladas,
Sin que á compasion le mueva.
Vuelven despues á la alcoba,
Donde está la pobre enferma;
Y ya al doble asesinato
Sus almas viles se aprestan,
Cuando atónitos escuchan
Disparos, allí, muy cerca.
El miedo, su propio crimen
Los acobarda y aterra,
Y despavoridos huyen
Sin haber quien los detenga.
Los tiros son de sus cómplices,
Que estaban de centinela,
Porque á los criados sienten

Que tratan de abrir la puerta.
Todos en tropel se salvan;
Todos por el campo vuelan,
Huyendo hasta de su sombra,
Que los sigue y amedrenta.

La autoridad entre tanto,
Aunque á prevenirla llegan
Con tiempo, para que evite
Aquella desgracia horrenda,
Del peligro no se cuida;
De hombros se encoje, bosteza,
Y dice : “ Está bien : mañana
Me dirán lo que suceda.”



CUADRO X.

CONMOCION.

Apenas por oriente
La luz del alba alumbrá,
Cuando ya por las calles
Mucha gente circula.
Doquiera se detienen,
Se interrogan, se agrupan,
Y al fin todos exclaman
Con emocion profunda:
“¡Crimen tan espantoso
Aquí no se vió nunca!”
La autoridad al cabo
A acudir se apresura,
Y al lugar del suceso
Llega con faz sañuda.
El cuerpo del delito,
Que presurosa busca,
Allí está: asesinada
Con diabólica furia,
Yace en el suelo inerte;
De sangre un lago inunda

El duro pavimento,
Do se vé yerta y muda,
Aquella santa martir,
Cuya alma noble y pura
Ha volado á los cielos,
Dejando aquí su mísera envoltura.

Abiertas de los cofres
Están las cerraduras;
El oro y las alhajas
Allí están; nadie duda
Que el vil asesinato
Era la causa única
Que allí guió la planta
De aquella infame turba.
Mas ¿quién? ¿por qué? asombradas
Las gentes se preguntan:
Y levántase un eco
De la conciencia pública,
Que recuerda personas,
Que intereses consulta,
Y un nombre, un nombre solo
Doquiera se pronuncia.
Los que nada conocen
De aquella historia oculta,
Se espantan á la idea
De que al fin se descubra
Que aquella mano aleve
Es la que todos sin reserva acusan.

Pruebas por todas partes
Con inquietud se buscan:
Hay allí unos objetos
Que, en su rápida fuga,

Dejaron olvidados,
Y que con lengua muda
Señalarán la huella
Que Dios no quiere que se borre nunca.

Una linterna sorda,
Que conserva y denuncia
Del vendedor el nombre ;
Algo ya se vislumbra.
Mas allá, como restos
De bacanal inmunda,
Vacía una botella
Nuevo dato acumula.
Junto al muro la escala
Prueba mayor anuncia :
Hecha por manos hábiles
Está sin duda alguna ;
Las piezas bien labradas,
Y de reciente hechura.
Ya el hilo misterioso
De aquella trama oscura
Empieza á descubrirse
Entre la densa impenetrable bruma.

—Mas cómo no ladraron
Los perros ? se pregunta.
—¿ Cómo ? Por que el veneno,
Dado por mano oculta,
Quitó aquellos obstáculos
Para evitar la lucha.

—Pero un desconocido
No pudiera sin duda

—La víspera del crimen
Allí su planta impura

Llevó un hombre un amigo
Un deudo Pero asusta
El pensar que aquel joven
De intelijencia culta,
De exquisitos modales,
De apariencia tan pulcra,
Pariente tan cercano,
Que en ocasiones muchas
Mostró con sus palabras
Su gratitud profunda,
Capaz fuera ¡imposible!
¿Será sospecha vil, torpe calumnia?



CUADRO XI.

EL REO JUNTO AL CADAVER.

Despues que la justicia ha practicado
Rápidas y contínuas diligencias,
Para seguir del bárbaro asesino
La deseada y escondida huella,
A la ciudad conducen el cadáver,
Al que acompañan con profunda pena
Los deudos más cercanos, los amigos,
Y muchos pobres, que el camino riegan
Con el amargo llanto de sus ojos,
En pos de la que fué su providencia.
Entre el triste cortejo de familia,
Mírase un joven de figura esbelta,
Descolorido el rostro, el ceño esquivo,
Trémulo el paso y la mirada incierta.
Será acaso el dolor? Aquella martir,
Cual una madre cariñosa y buena,
Siempre acudió con mano generosa
A embellecer del joven la existencia.
Ella fué su madrina en el bautismo,
Hermana de su madre. ¡horrible idea!

Si en su pecho posárase una mano,
Latidos tan violentos se sintieran,
Como si el corazon romper quisiese
Aquella carcel mísera y estrecha.

Su actitud dolorosa y resignada,
Su hondo pesar y su temor revela?
Secos están sus ojos; ¿ es que el llanto
Huye á la varonil naturaleza,
Y el hombre que una lágrima derrama,
A la mujer cobarde se asemeja ?

Nó ; es que el Dios de bondad y de ternura,
Severo y justo al delincuente niega
El dulce llanto que el dolor alivia,
Si las fuentes del bien están ya secas !



CUADRO XII.

LA HUELLA DEL CRIMEN.

En la plaza de Bolívar
Gentío inmenso se agolpa,
A mirar varios objetos,
Con que la justicia evoca
Testimonios, que acrediten
La mano aleve y traidora
Que privó á los desvalidos
De existencia tan preciosa.

Dos comerciantes, que estiman
Su fama justa y notoria,
Declaran que la botella
Que en la causa se menciona,
Que la Providencia quiso
Que fuese ya única y sola,
Para denunciar el crimen;
Y que la linterna sorda,
Que abandonada dejaron
En su fuga desastrosa,
Fueron ambas adquiridas
Por una misma persona,

Cuyo nombre con espanto
Corre ya de boca en boca.
Los artesanos acuden,
Y uno de ellos sin demora
Confiesa haber construido
Aquella escala diabólica
Por orden del que ya acusa
A coro la ciudad toda ;
Y añade que el mismo día,
Con gran temor y congoja,
Le ofreció por su silencio
Una suma harto cuantiosa.
Nadie duda: el delincuente
Es la sierpe venenosa
De la miserable orgía;
El que á su ambicion inmola
Gratitud, familia, nombre,
Libertad, vergüenza y honra.



CUADRO XIII.

LA MANO DE LA JUSTICIA.

Envuelto yace el cadaver
En su funebre mortaja,
Varios blandones lo alumbran,
Mucha gente lo acompaña,
Y todos á Dios elevan
Tierna y sentida plegaria
Por la que al morir fué martir,
Y en la vida fué una santa:
Abiertas están las puertas
De la mortüoria sala;
Y en el corredor de enfrente,
Entre la penumbra vaga,
Se ve una humana figura,
Que más que hombre es una estatua,
Embozada hasta los ojos,
Y apoyada en la baranda.
En el atahud abierto
Fijas están sus miradas;
De cuando en cuando sus labios

Ténues suspiros exhalan,
Pero á veces los contrae
Una sonrisa satánica.
Rumor se oye en la escalera ;
Soldados cercan la casa ;
Es la justicia que sube
Por el deber inspirada,
Y que actividad demuestra,
Aunque tarde por desgracia.
El hombre, que á la justicia
Representa, se adelanta
Y se dirige hácia el joven
Que embozado se recata.

—En el nombre de la ley
Däos preso sin tardanza,
Le intima. El joven lo sigue,
Sin que de sus labios salga
De disculpa ni protesta
La más lijera palabra,
Y á la prision se dirige
Escoltado por sus guardias.



CUADRO XIV.

JUSTOS POR PECADORES.

Tiene aquel presunto reo
Dos hermanas y una madre,
Que desesperadas lloran,
Sin alivio en sus pesares.
La infamia de aquel delito
Sobre las pobres recæ.
La memoria está manchada
De un buen esposo, un buen padre
Y de un ciudadano ilustre,
Cuyo nombre respetable
Ayer era venerado,
Y ya lo han hecho execrable.
Pobre esposa ! pobres hijas!
Dios las consuele y ampare !



CUADRO XV.

SILENCIO Y RESERVA.

Aunque convicto se halla
De su execrable maldad,
En absoluto silencio
Sigue el reo pertinaz.
Sus cómplices no revela.
¡Quién pudiera hacerle hablar!
Varios, que son sus amigos,
Y en ello sospechas dan
De haber podido mezclarse
En aquel crimen fatal,
A que tantos coadyuvaron,
Acaso sin calcular
Que el que comete un delito
Dispuesto á otros muchos vá,
Son por la justicia presos,
Sin poderse averiguar
Las circunstancias horribles
Del asesinato audaz.

El grito de su conciencia
Tal vez sofocado está
Por el temor y el espanto;
Pero es preciso aguardar.
Entre tantos delincuentes
A alguno al fin no hablará?

CUADRO XVI.

EL CEMENTERIO.

Entre angustias y tormentos
Pasados van ocho días.
Del pueblo la angustia crece ;
La sociedad necesita
Penetrar en el misterio,
Y espera que la justicia
Satisfaga de algun modo
A la pública vindicta.
El juez instructor no duerme,
Su actividad multiplica ;
Pero nada se descubre,
Y los presos nada explican.
Tal vez por el horror mismo
Algo de ellos se consiga.

Buscando la hora solemne
En que el puñal homicida
Consumó el crimen nefando
Con tan negra alevosía,
Son trasladados los reos
Con guardias bien escojidas
A donde yace el cadaver
Insepulto todavía.

Entran en el cementerio,
Y llegan á la capilla,
Donde ponen los verdugos
Frente á frente con su víctima.

Nada !... Su lengua enmudece ;
Y, si el corazon palpita
Con desusada violencia,
En el silencio se obstinan.
Debil el remordimiento,
El interes lo domina.
Los desgraciados no saben
Que Dios el crimen castiga,
Y que, si eludir pretenden
De los hombres la justicia,
Solo el arrepentimiento
Y una confesion explícita
Puede mitigar el fallo
De la justicia divina.



CUADRO XVII.

REFLEXIONES.

Sociedad extraviada,
Sin Dios, sin ley, ¿dónde vas?
Por ese camino irás
A disolverte en la nada.

Donde la sancion no obliga,
Donde el temor no refrena,
Donde es ilusion la pena,
Donde la ley no castiga,

Donde la conciencia muda
Solo obedece al error,
Y donde el crimen mayor
Con la impunidad se escuda,

No esperes que haya virtud,
Ni orden, ni paz, ni sosiego.
¡El interes torpe y ciego
Guiará á la juventud!

Sin costumbres, no hay sancion,
Sin deberes no hay conciencia,
Ni virtudes sin creencia,
Ni moral sin religion.

Del ateismo el veneno
No consuela á los que gimen.
El crimen engendra el crimen,
Donde el hombre anda sin freno.

Deslumbrada sociedad,
Que vas de un fantasma en pos:
¡Alza la frente hácia Dios,
Y verás tu ceguedad!

FIN.